

Delirio Amada

La Mujer del Caballo

El tapiz de paz de una calima translúcida cubría de sosiego la vida del Bosque. Por encima, en el aire limpio del Pico del Águila, de cuclillas dentro de la choza, El Ermitaño saboreaba el silencio y el crecer de la aurora. Salió, subió unos pasos, y erguido desde lo más alto, miró al Mundo de la Mar Eterna al sol del fin del sur. Despacio, como cada día, se volvió a La Comarca, a las tierras donde el tiempo transcurría cual el abrir de las flores, donde una luna se vivía como todo un año, donde se llegaba a la vejez cuando otros llevaban un siglo sepultados.

Llevó la vista de sus ojos luceros tras el horizonte al norte, a la infranqueable Frontera de Los Pedregales. Ante ella respiró con la inmensa planicie de Los Rasos. Suspiró mudo infamia con la infinita Costa de Los Pantanos. Más cerca, a poniente, Los Jardines del Manantial del Gozo le recordaron la rabia del infierno extinguido, La Sierra de Las Minas de Plata el horror y el espanto, El Campo de los Molinos el calor y el hambre de otros, y la Ciudad del Arsenal y los Tres Penales, a la que fue libre, milenaria y sin nombre. Ocultos tras el perfil del cielo, vio una vez más Los Acantilados de Los Locos y la gran depresión desconocida del miedo a La Jungla Fantástica. Al levante nítido y claro, la esperanza del Cabo y el Faro. Y a sus pies el amor de Las Playas y las Tierras Libres de Lara.

Con El Brujo Ermitaño se levantó el humo blanco y quieto de la boria. El sol despuntó a tres leguas en la lejanía de la mar en calma, y en la arena abajo, un rayo entró hasta el fondo de La Cueva del Prófugo e incendió la melena escarlata de La Mujer del Caballo, a horcajadas encima del Mercenario, besándolo con el hambre y la sed del pan y el agua que se acaban...